

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXXV



C. S. I. C.
1995

**ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS**

TOMO XXXV



**CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1995**

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ..	13
Arte	
Una nueva obra de José de Churriguera: El monumento de Semana Santa del Monasterio de la Encarnación, por Ángel Aterido Fernández	19
Isidoro Arredondo, pintor madrileño del siglo XVII, por José Luis Barrio Moya	33
Los alarifes en Madrid en la época de Felipe II, por María Teresa Cruz Yabar.....	57
Velázquez, Mazo y José de Villarreal, en el proceso ceremonial para los desposorios de Luis XIV y María Teresa de Austria, por María José García Sierra.	101
La colección de platos metálicos alemanes, de función decorativa, del Museo Arqueológico de Madrid, por Fernando Olaguer-Feliú y Alonso.	119
El Cementerio de la Sacramental de San Martín, por Carlos Saguar Quer.	135
El informe del gobernador Juan Antonio Samaniego. Crítica al proyecto del palacio de Aranjuez en el siglo XVIII, por Virginia Tovar Martín.	145
La arquitectura para exposiciones en el recinto de las Ferias del Campo de Madrid (1950-1975) y los antiguos pabellones de I.F.E.M.A., por Ángel Urrutia Núñez.	177

	<u>Págs.</u>
Las colecciones de pinturas, en Madrid, del noveno Duque de Alba Don Antonio Martín Álvarez de Toledo, por Matilde Verdú Ruiz.	197
El programa iconográfico del desaparecido Monasterio de Nuestra Señora de la Merced de Madrid, por María Inmaculada Zaragoza Arribas.....	227
Documentos	
Noticias madrileñas que ahora cumplen centenario, por J. del C.	243
Geografía	
Ante una nueva edición de las relaciones topográficas madrileñas de Felipe II, por José María Sanz García.	253
Geología	
Reseña de los materiales pétreos de la Casa de los Cinco Gremios Mayores, por Sandra Martín Moreno.	281
Historia	
La capilla funeraria de Don Alonso de Castilla, obispo de Calahorra, en Santo Domingo el Real de Madrid, por Gregorio de Andrés Martínez.....	293
El Conde de Montalvo, corregidor de Madrid, por José del Corral.....	305
Festejos celebrados en la capital del reino con ocasión de la Jura de la Princesa María Luisa de Borbón en 1833, por Miguel Ángel López Rinconada y Manuel Muñoz Carabantes.	323
Un Cementerio Parroquial de pobres en el Madrid del siglo XVII, por Antonio Matilla Tascón.	353

	<u>Págs.</u>
El acceso al oficio notarial en el siglo xv: La toma de posesión de Juan González de Madrid, por María del Pilar Rábade Obradó.	361
Del antiguo al nuevo convento de Santo Domingo el Real, por Alberto Rull Sabater.	389
Intervencionismo público y municipalización: Pan y subsistencias en Madrid (1898-1923), por Francisco Sánchez Pérez.	403
Sobre el motín Esquilache, por José Valverde Madrid.	423
Literatura	
El archivo de los teatros de la Cruz y del Príncipe en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid, por Ascensión Aguirri y Purificación Castro.	433
Las <i>guías de forasteros</i> de Madrid en el siglo xviii, por Francisco Aguilar Piñal.	451
La Insula Barataria entre Arganda y Madrid, por José Barros Campos.	475
Madrid en el <i>Portrait de L'Espagne</i> de M. Legendre, por Luis López Jiménez.	491
Clero y lectura. Las bibliotecas de los presbíteros madrileños del siglo xix, por Jesús A. Martínez Martín.	503
Valle-Inclán: Vida y Literatura, por José Montero Padilla.	521
Provincia	
El Monasterio de el Paular. Propiedades de la Granja de Getafe siglos xv-xix, por Pilar Corella Suárez.	535
Apunte Geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752, por Fernando Jiménez de Gregorio.	563
Pedro de Ribera remodela el puente del Retamar y construye el camino del Escorial por Colmenarejo, por Arturo Mohino Cruz y Anastasio Miguel Cuesta.	589

Urbanismo

Colonia del «cuartel de la Montaña». Una planificación urbanística satisfaciendo intereses sociológicos y medio ambientales, por Luis Miguel Aparisi Laporta	595
Semblanzas de madrileños ilustres.	631

dad, se rige mejor al pueblo.

Lo que menos imaginaba don Miguel es que el 3 de noviembre de 1641, otro Sancho (Pedro) obtendría el gobierno/arriendo de La Isla durante seis años²⁰.

²⁰ Archivo Municipal de Arganda, Caja 138/7

MADRID EN EL «PORTRAIT DE L'ESPAGNE» DE M. LEGENDRE

Por LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ

A mis compañeros de aquel curso

Justo es que dedique unas líneas sobre Madrid a Monsieur Maurice Legendre, que fue profesor al final de los años 40 de nuestra generación en la entonces Facultad de Filosofía y Letras. Profesor bondadoso, cuyo fuerte acento no perdió a pesar de su amistad con Unamuno: daba la mitad de la clase en francés y la otra mitad en español, para los que no «entendíamos», todos menos una compañera de ascendencia hispano-francesa y otras tres que habían cursado en San Luis de los Franceses.

De cuanto conocía y quería a España, algo veremos a continuación, escrito con el corazón –sin duda– de este gran señor francés, de los difíciles de encontrar en Francia y también en la España desnortada.

La Geografía, la tierra

Sabemos todos que Madrid se encuentra a 650 m. sobre el nivel del mar, es decir, escasamente en la media de la Península (660). Escribe M. Legendre:

«verdad geográfica, paralela a la verdad moral, España es de toda Europa, el país donde, por término medio, se vive a mayor altura. [...] Ávila de Santa Teresa, sobre su austera paramera está a más de 1.100 metros de altura». [Pág. 11]¹

Madrid viene a ser un equilibrio de fuerzas de inmigración con otras asentadas, pero inmigrantes que lograron un pasar bueno o menos bueno. Unos vienen a prosperar y lo consiguen, otros a «realizar empleos que no dan para vivir», pero prosperan o simplemente viven.

Madrid, pues, está al nivel medio de los españoles, y ahora extranjeros de toda índole.

La tierra de España es conocida por sus aromas, que perciben los de fuera con finos olfatos, porque no están habituados: uno fue Pierre Louys, otro M. Legendre

¹ *Portrait de l'Espagne*, Editions de la Revue des Jeunes, 1923. Las citas son de esta edición y la traducción nuestra, hasta la P. 34, excepto la cita 31 y a partir de la 330 cuya adaptación procede de la 2^a edición española, *Semblanza de España*, tr. A. Arroyo, Madrid, 1955. La primera no ha sido encontrada ni en la Biblioteca Nacional; la 2^a tampoco se halla.

para el cual:

«Se recorre sin cesar un jardín botánico». [P. 15].

«De diez mil especies de fanerógamas que cuenta Europa [...] la sola provincia de Madrid [...] posee dos mil» [P. 15]

«En el Herbolario de la Salud, en Madrid, hemos contado por lo menos siete clases de manzanilla» [P. 31]

Hasta seiscientas plantas nos dice que el Dr. Más Guindal calculaba empleadas en España por la medicina docta o la popular.

La tierra nos da:

«el vino de Valdepeñas, puro y fuerte, cuya transparencia, que conserva el recuerdo de la luz de la tierra, traduce mejor la pureza que la fuerza. Se encuentra en Madrid en el antiguo restaurante Botín, que después de tres siglos de existencia era, es seguramente uno de los más venerables monumentos de una capital joven, y donde una familia (que podría ser de origen francés) conserva las recetas que hacen degustar esos buenos productos de la tierra de España. [P. 27]

El Valdepeñas se bebe aún, pero le hacen la competencia el Rioja, mucho más bebido que antes y de mejor paladar, la cerveza enormemente consumida y la Coca-Cola, que es buena en caso de vómitos, aunque se tome simplemente para beber.

Hablando de los «hermanos menores», al referirse a los bueyes, nos los presenta en una situación absolutamente desaparecida; hace mirar con perspectiva un Madrid alejado:

«Muy poca [animalidad] también hay en los gigantescos bueyes que son tan hermosos por las calles de Madrid, donde arrastran materiales de construcción o, aún mejor, cargamentos de jara, que los panaderos emplean para sus hornos: cargas enormes como casas, para que a los bueyes les compense su fuerza y que mezclan al saludable olor de los mismos el saludable aroma de los campos; la espléndida fuerza de ellos y los arcos poderosos que dibujan los músculos de su espaldar, merecen ser admirados; pero mucho más aún en su mansedumbre, su constancia y su afecto; quien los ha visto sabe que estos términos no son demasiado exagerados; apenas el boyero los roza con su larga vara; no se dejan distraer por ninguno de los detalles de la ciudad; sus cabezas inmóviles, afectuosamente inclinadas la una hacia la otra bajo el yugo, expresan en su tesón invencible que dan fin a los más rudos trabajos». [P. 34]

¿Cómo imaginar, y lo hemos visto, un Madrid donde los bueyes tranquilamente arrastran el granito y otras piedras de Colmenar de Oreja? Esto se vería aún a mitad de siglo. No hace falta remontarse a don Pío Baroja para observar que a su panadería familiar —Capellanes— llegaban la jara para la cochura. Aquellos panecillos largos, medio de arriba o medio de abajo, para mantequilla y tostadas, creo que ya no saben fabricarlos: la baguette, dicho y todo en francés, lo ha sustituido, pero no mejorado.

Casa de Velázquez

La Casa de Velázquez, de la que fue magnífico Director Mauricio Legendre y después Paul Guinard, buen crítico de arte, que también tenía enorme acento hablando español, y profesor de Arte francés en Filología francesa, creada ya esta sección. Tenemos que dedicar un homenaje a su muerte, pues ocurrió yendo a la Facultad, atropellado por un automóvil, en el lugar en que después se hizo un puente para cruzar. Creo que no hay ningún testimonio dedicado al profesor muerto.

Dice M. Legendre que la Casa de Velázquez es una institución francesa creada en España en 1928, para artistas en formación del país vecino, que fue edificada en la Ciudad Universitaria, con el proyecto de dos arquitectos franceses –Chiffot y Lefèvre–, salvo la portada barroca de Pedro de Rivera, que pertenecía al palacio de Oñate en la calle Mayor. Destruída durante nuestra Guerra Civil, se reconstruyó con arreglo al proyecto citado, excepto, claro está, la portada.

Según M. Legendre, muchos de estos artistas habían permanecido varios años en Roma y se daban cuenta de la discordancia existente entre los artistas italianos y los españoles y «su impresión nos es garante de que el gusto del Greco y el de Velázquez representan aquí con toda autenticidad el espíritu de España» [p. 330]. Y aún añade que los que tienen la experiencia de los dos países prefieren España. Porque para ellos el arte español es «más revelador y renovador» que el transalpino, cuyas lecciones tienden hacia lo académico, asimilado desde siglos, con mayor o menor reflejo en la enseñanza oficial de Francia.

Es objetiva la impresión de los artistas franceses, cuyo Gobierno tuvo la feliz iniciativa de reunirlos en Madrid. Llegaron a la conclusión de señalar el espíritu de España en el Greco –que en España encontró su arte genial– y Velázquez, ambos representados en Madrid; pero para el Greco, un viaje a Toledo, es el complemento necesario.

De todas formas, nos preguntamos por qué no incluyeron al menos a Goya, al que siempre han admirado, con Baudelaire a la cabeza, entre los primeros.

Costumbres de Madrid

De dos costumbres, más distantes en la escala social, nos habla *La semblanza de España*. Observa que en España «abundan los ciegos» y aparentan que no están tristes. Tiempos atrás se les veía en número de tres o cuatro, en Madrid, formando «murgas», cuyos sonidos eran rara vez melancólicos; era precisamente por la Puerta del Sol, donde su música, cien por cien popular, creaban «pequeñas fuentes de alegría» [p.184].

Ciertamente, los ciegos-músicos que se veían acá y allá por las calles de Madrid no estaban tristes, y su música era alegre, antes de la Guerra Civil del 1936-1939. Puesto que poco después se llevó a cabo, por designio del Gobierno, la O.N.C.E., la organización de ciegos, con lo que abandonaron sus instrumentos y pasaron a vender

«los iguales»; hoy continúan y han creado, algunos ciegos y otros con vista, un gran imperio.

La otra costumbre, en la escala opuesta, que la memoria no alcanza a recordarnos, nos la rememora M. Legendre, quien se hace eco de la extensión que había adquirido la palabra «novedad», muy particularmente en las partes de guerra de Marruecos, que quedaban compendiados por la expresión «sin novedad». Y la *Gaceta de Madrid* siempre empezaba diariamente escribiendo: «S. M. el Rey Don Alfonso XIII (q.D.g.), S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia, S. A. R. el Príncipe de Asturias e Infantes y demás personas de la Augusta Real Familia, continúan sin novedad en su importante salud» [p. 153].

Todo, pues, seguía igual. No obstante, el Rey murió en el exilio de Roma. Sin embargo, la locución «sin novedad» se repetiría mucho en la Guerra Civil, y aún sigue viva.

Comercio

Cita nuestro autor, algo que está hoy rebasado por completo: se fundaron en Madrid unos grandes almacenes, semejantes a los que había en Francia a fines del siglo pasado², que tuvieron que cerrar por falta de clientela. Fue antes de la Guerra Civil. A pesar de estar bien organizados y de ser capaces de prolongar su apertura hasta adquirir una parroquia. (También, antes de la guerra, existía el gran almacén de juguetes *El Bazar X*, en la Puerta del Sol).

Acaso esos grandes almacenes fueran, en la Gran Vía, enfrente del cine Palacio de la Música, los de Madrid-París, entre las calles de Jiménez Quesada y Romanos.

Como es sabido, los años de la postguerra europea (1940-1945) han impuesto al fin los grandes almacenes.

Publicaciones periódicas

Ya hemos citado la *Gaceta de Madrid* y más adelante citaremos el periódico *Ya*. Con motivo del gran concepto que tiene M. Legendre de España cita un artículo de *ABC*, de un afamado autor entonces, hoy olvidado, pero creemos que volverá a resurgir. Según M. Legendre, el español como persona individuo, España como personalización, ama al prójimo como a si misma; de ahí su valor imperecedero, y cuando la «leyenda negra» ha hecho presa de ella, ha conservado su energía para revivir. Piensa que el dramaturgo y periodista Agustín de Foxa «con profunda agudeza» observa que los conquistadores españoles «querían que el Nuevo Mundo fuera sencillamente como una inmensa España. No eran colonizadores y menos turistas, sino progenitores» (*ABC*, 18-5-1950) [p. 255].

² Piénsense en *La dicha de las damas*, novela de Zola de 1883, que tuvo por modelos los Grandes Almacenes del Louvre y el «Bon Marché», entre otros.

Actualmente, que las Comunidades –unas más que otras– se han mirado al ombligo con sus minúsculas Patrias parece que la de todos la miran algunos con miopía. Por una parte, da un escalofrío pensar que M. Legendre creía que los españoles cumplen un precepto evangélico no fácil de alcanzar; por otra, esa inmensa España que querían esos progenitores de América, ¿no parece que suenan en la lejanía de nuestros más íntimos sentimientos, para no ser ollados?

Al-Andalus era y es una publicación madrileña del Centro de Estudios Históricos, hoy del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. En esta revista colaboró el gran arabista y sacerdote Miguel Asín Palacios, aragonés que profesó en la Universidad Complutense; en un artículo póstumo (1949, 2) en el que con el título de «Sadilie y alumbrados», escribe:

«El primer pensamiento que al devoto le viene cada día (se trata, desde luego del musulmán) en la medida para conocer la perfección o imperfección de su estado espiritual. Al negligente, al amanecer, la idea primera que se le ocurre es la de atribuirse a sí mismo alguna acción, puesto que dice: ¿Qué es lo que haré hoy?... Merece por ello que Dios le deje abandonado... Al devoto, que es inteligente, por el contrario, la primera idea que se le ocurre al amanecer es la de atribuir [284] a Dios todas las acciones, puesto que dice: ¿Qué es lo que hará hoy Dios conmigo?...» [P. 285 de *Semblanza de España*]

Como vemos, una de las cualidades de la capital de España es que M. Legendre dé como algo natural la propagación de la cultura árabe de la que estamos impregnados.

Otra revista de Madrid citada es *Razón y Fe*, de los PP. Jesuitas, cuyo número 1951 (junio-agosto) se dedicó al dogma de la Asunción de la Virgen. El P. Gordillo, a propósito, cita a don Juan Manuel, autor de un *Tratado en que se prueba con razón que Santa María está en Cuerpo y Alma en el Paraíso*, y él mismo sería gustoso mártir por la defensa de esa verdad [p. 436].

Y esto, si no da pie, justifica al fin y al cabo lo que se trata en el punto siguiente de *Semblanza de España*, aplicada a la presencia de Madrid en ella.

Vírgenes de Madrid

En cuanto a devoción, dice este gran creyente M. Legendre, que desde 1625 existen ejemplos de personas que llevaban en Madrid por nombre de pila Presentación, Asunción, Encarnación y Concepción, que domina; Pilar aparece en 1675, con motivo de una procesión. [P. 283]

En Madrid, con el paso de los años, Pilar y Concepción (bajo Concha y Conchita) ha prevalecido; Encarnación (bajo la forma familiar de Encarna) y, algo menos Asunción (en forma familiar de Asun), no llegan ni mucho menos a las dos primeras.

En cuanto al uso de Vírgenes, en el siglo xvii es realmente para muchos madrileños actuales algo desconocido que haya una Virgen de las Lluvias, entre muchas otras, porque las capitales en España, más que en ninguna parte de Europa, y sobre todo la

capital de las capitales, suelen tener varias Vírgenes patronas de ellas. Nos limitaremos a dar algunas de ellas referentes a Madrid. [P. 433]

Las tres principales Vírgenes de Madrid son:

La Virgen de Atocha, que es la más antigua –su nombre de «atocha» significa esparto–, que debía abundar por esos lugares en tiempos antiguos.

La Virgen de la Almudena, la más madrileña, que debió su nombre por encontrarse la imagen dentro de la muralla árabe, en la «almudaina» o ciudadela.

La Virgen de la Paloma, la más popular y entrañable; no goza del abolengo que tienen las dos primeras, cuyo origen posiblemente se remonta a la Edad Media, cerca de la fundación de Madrid en el siglo IX, ni su descubrimiento y su historia es legendaria y está ungida por el hecho maravilloso del milagro. Sin embargo, su devoción y culto particularmente de la mujer madrileña son más extendidos que el de las otras dos. Si no es por derecho como aquellas que son las Patronas oficiales de Madrid, lo es por sentimiento de la fe popular. [Pag. 438-439]

Para lo anteriormente citado se vale M. Legendre del artículo de L. González Herreró en *Ya*, el 16 de agosto de 1945. En Atocha, cerca del Panteón de Hombres Ilustres. En tiempos no tan remotos, hubo un río, que las niñas de principios de siglo cantaban: «por el río de Atocha, que corre agua». Hemos de añadir que la Virgen de la Almudena tiene frente al Palacio su catedral al fin terminada en los años noventa de nuestro siglo. En cuanto a la Paloma, parece que el cuadro fue comprado por una señora a unos niños, que lo habían encontrado en el basurero; lo puso en el portal de su casa y, más tarde, pasó a una capilla construida para ella. A la Virgen de la Paloma nos presentaban generalmente nuestras madres y madrina a los niños madrileños recién nacidos.

El mismo M. Legendre cita a la Virgen de las Maravillas, la Virgen del Milagro, la Virgen flamenca de la Inclusa (corrupción del nombre flamenco «Euclenisen»), la Virgen de la Carbonera, las Vírgenes de la Novena, del Amor de Dios, la del Puerto, traída de Plasencia, etcétera. Esta última nos presenta una Virgen mediadora entre dos provincias de España, Cáceres y Madrid; las hay también mediadoras con países extranjeros como la Virgen de los Afligidos, «amparo y cobijo de clérigos y católicos irlandeses que en tiempos de persecuciones en su país se refugiaron en la católica Corte de las Españas».

Citemos, por fin a Nuestra Señora de la Flor de Lis descubierta detrás de la imagen de la Almudena y que por llevar una flor típicamente francesa en la mano se pensó que su traslado a España era obra de la reina Constanza, francesa, mujer de Alfonso VI.

En plena Edad Media, en tiempos de Cruzada,

«la Virgen –dice M. Legendre– manifestaba su voluntad de presidir a la hermandad hispano-francesa, confirmada después en la Peña de Francia, a principios de la era nefanda de los nacionalismos». [Pág. 439]

La de la Novena, que cumplió un milagro con una actriz, pasó el cuadro que la representaba a ser Patrona de todos los actores en la Iglesia de S. Sebastián, en la calle

de Atocha y Huertas.

La del Amor de Dios estaba en el actual cine Monumental, donde había un asilo de la Virgen del Amor de Dios, fundado por Antón Martín. La desaparición del asilo dio lugar a la calle de Amor de Dios, habiendo suprimido el nombre de Virgen, lo cual desvirtúa la denominación.

La Virgen del Puerto, tiene su casticismo, en cuadros de Madrid, donde vemos, por ejemplo, la fiesta del «bollu», que los asturianos hacían en ella; está cerca de S. Antonio de la Florida. El cuadro de la fiesta del «bollu» se encuentra en el Museo Municipal.

Madrid aparece de nuevo en el siglo xvi, tocante a la Religión. Dice M. Legendre que el cuerpo de S. Juan de la Cruz, mutilado por los devotos, fue trasladado secretamente de Ubeda, adonde se había llevado para cantarle maitines al cielo, a Segovia, donde había de sepultarse definitivamente; pero a pesar de todas las precauciones tomadas durante el traslado, no llegó a impedirse que la gente sospechase el hecho en alguna etapa del viaje. Cerca de Martos, al atardecer, un hombre gritó ante la comitiva que llegaba hacia a él: «¿Por qué os lleváis el cuerpo del Santo?... ¡No os lo llevéis!». Sin embargo, se reanudó viaje por Montilla y Córdoba hasta Madrid. ¿Qué había ocurrido? He aquí probablemente la explicación: los portadores notaron algunos signos fuera de lo común y de lo que se hicieron ecos más adelante en ese traslado: era el buen olor, la fragancia que se desprendía del santo cuerpo. Tan intenso era a veces dicho aroma que por carreteras y posadas, la gente exclamaba «¿Qué llevarán esos hombres que también huele?»

Así pues, por esos campos olorosos de España, donde los campesinos gozaban sin reparar en ello, de aromas que para otros serían una delicia, y tan fuertes que los navegantes los aspiran muchas veces separados por kilómetros de la costa, los despojos mortales de San Juan de la Cruz emanaban olor milagroso. Cuando el cuerpo lo llevaron en una de las etapas últimas al convento de las Carmelitas Descalzas, de Madrid, el Padre Vicario General, que lo acompañaba pidió a la hermana portera que llamara a la madre Ana de Jesús, priora, sin decirle el por qué. Cuando movieron el santo cuerpo de la cabalgadura que lo había transportado, comenzó a emanar una suavísima fragancia, que se extendió por la portería y el convento. La priora lo percibió en su celda y, sin saber lo que pasaba, y sin saber que el anhelado cuerpo estuviese en la portería, les dijo a las monjas que estaban con ella: «¡Es el santo Padre Juan de la Cruz!» casi al mismo tiempo llegaba la hermana portera [pág. 414].

Ya vimos cómo España era conocida por sus aromas. Ahora se une al milagro del cuerpo de San Juan de la Cruz, exhalando agradables olores de los que fue partícipe un tiempo el aire de Madrid.

Obras literarias, lingüísticas y artísticas

De las obras literarias y lingüísticas de España, M. Legendre nos da tres que se centran en Madrid: *La Gitanilla*, de Cervantes; *La vida es sueño* de Calderón y el *Dic-*

cionario de la lengua española, de la Academia. Y en Pintura la *Última Confesión de S. José de Calasanz*.

La Gitanilla es una obra de Cervantes que trata de Madrid. Piénsese que nada menos que en el Quijote no aparece directamente Madrid. Así dice del primer escritor español:

«Y la Preciosilla aún era considerada como gitana cuando cantó, en la iglesia de Santa María, ante la imagen de Santa Ana, aunque, por lo general, pensaran que “los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones”». [Pág. 78]

Sabemos que Preciosa es la protagonista de la obra, y sabemos cómo una gitana la arrebató de su madre, para hacerla gitana, cambio que para nada supo Preciosa hasta el desenlace de la novela. La iglesia de Santa María es tradición que fue la primera que se construyó en Madrid, sería pues del siglo XI-XII. Se encontraba al final de la calle Mayor, frente al pretil de los Consejos. La fachada fue modificada por Ventura Rodríguez en estilo neoclásico. Allí, fue asesinado Escobedo, secretario de don Juan de Austria, el martes de Pascua de 1577. La iglesia fue demolida en la revolución de 1868. Una de sus capillas estaba consagrada a Santa Ana, de un gótico florido, fundada por Bozmediano, secretario de Carlos I, donde Cervantes sitúa la escena de Preciosa cantando.

A continuación es Calderón el objeto de sus meditaciones, un madrileño que hizo representar en Madrid *La vida es sueño* (1635), y a través de la capital de España, la hizo española y universal.

Para M. Legendre hay que leerla de nuevo para entenderla. El investigador italiano Farinelli ha demostrado lo antiguo del tema tratado por Calderón; pero es sólo en España donde ha cobrado toda su importancia. ¡Hermoso caso de predestinación! Y ¡qué «España» es aquel Segismundo, que pasa sin transacción de la mísera condición de preso al poderío de rey, vuelve nuevamente a su prisión y de nuevo vuelve a ser rey! El drama sencillísimo, casi escueto, ofrece a la meditación perspectivas sin límite. Segismundo, con la mudanza de su estado aprende a percibirse del grado de calidad de la cosas: sueño y realidad no son distintos como había creído hasta entonces; el momento, presente y fugaz, deja de ser opaco y sólido, y toma esa transparencia, esa fluctuación casi imperceptible que preceden al espejismo y al ensueño; en el esplendor refugio se proyecta la sombra de la prisión y las tinieblas de la cueva se iluminan con un resplandor insólito, con una esperanza de realeza.

La combinación de los elementos, en que el espíritu del hombre actúa, es ya un sueño mucho más real que la «realidad a secas» y miseramente material de sólo uno de ellos; es más, enseña al espíritu a liberarse de la obsesión del ensueño, a hacer caso omiso de las formas inconsistentes del sueño, para tender hacia la realidad esencial «para siempre entrevista, que del rápido acontecer de las escenas opuestas, se desprende la afirmación de todo lo que perdura: el amor y el deseo del Bien». [Pág. 208-209]

Segismundo, símbolo de España, con su ir y venir de preso a rey: las cosas dejan para él de ser consistentes y adquieren la condición de algo soñado. El alma del hombre media y el sueño adquiere más verdad que la realidad, sin que el ensueño se apodere de él, para avistar la realidad esencial, el Bien, en deseo y afección. Estas ideas afloran a M. Legendre de la lectura de Unamuno, Menéndez y Pelayo, Unamuno, Gavriel.

La última obra, nacida en Madrid y gestada en toda la Hispanidad, es el *Diccionario de la lengua española*. Es obra de todos, con la envidia de algunos de lenguas grandes y de otros con pequeñas –las lenguas no son culpables de algunos de sus hablantes–; el español cada vez más en pujanza, cada vez más envidiado, que en la propia envidia arrastran su mal los envidiosos:

«En el año 1922 la Academia Española se decidió a poner por título a su diccionario, ya no Diccionario de la lengua castellana, sino Diccionario de la lengua española». [P. 196]

No se puede decir que se precipitó. Tiempo tardó en reconocer que la lengua española había saltado del castellano para convertirse en lengua de España y gran parte de Hispanoamérica en la que colaboramos todos; por eso acaso hubiera sido bueno, que la Academia hubiese titulado *Diccionario de la lengua hispánica*; tiempo habrá, si no nos equivocamos.

Goya nació en Fuendetodos y nadie puede negarle su condición de aragonés. Pero es indudable que todos conocemos (aparte que pintara la *Alegoría de Madrid*, con una matrona, joven y poco alegórica académicamente, que es más bien una muchacha bien parecida y carnosa, y cuatro ángeles femeninos que son todas, al parecer, adolescentes entre ingenuas y pícaras). Por lo pronto, mediante el grabado copió en Madrid a Velázquez, al parecer del único que hizo copias, viendo en él esa desacralización de la humanidad llevada a cabo por lo neoclásico (los Borrachos, «Triunfo de Baco», entre otros). En lugar privilegiado hay que citar la *Última Comunión de San José de Calasanz*, otro aragonés, demuestra que conoció bien al Greco, dice M. Legendre, «en las postrimerías de su vida y a consecuencia de una evolución moral reveló su influencia», creando su primer gran cuadro religioso de honda mística (sin duda por encima de San Antonio en la Ermita de la Florida), guardado tanto tiempo en el Iglesia de S. Antón, en la calle Hortaleza, hasta que vendido el Convento, donde tantos recibimos enseñanza, después de algún tiempo pasó al Museo del Prado.

M. Legendre se apoya en el pintor Beruete (1845-1912), pintor madrileño, para insistir en la influencia del Greco en Goya:

«Dicha influencia se nota particularmente en la Comunión de San José de Calasanz, en la que se vuelve a encontrar la sobriedad del color del Greco y aquellos blancos que nunca son de color blanco, pero que dan una impresión de blancura que jamás pintor alguno ha igualado». [P. 326]

Escritores de Madrid y provincia

Cervantes es el primer gran escritor citado; lo traemos aquí porque al fin y al cabo nació en Alcalá de Henares, y el sufragio de su alma se celebra en Madrid:

«Se sabe que Cervantes tiene su misa anual en las Trinitarias susfragadas por la Real Academia Española, y sin duda se celebra la misa para el príncipe de la literatura española, pero en el caso del Manco de Lepanto no se puede distinguir al escritor del héroe». [P. 249]

Las Madres Trinitarias celebran, en efecto una misa, el 23 de abril, fecha del fallecimiento de Cervantes. Más arriba hemos citado *La Gitanilla*, obra que habla de Madrid.

En cuanto a la capacidad de adaptarse a una disciplina superior, en mutuo respeto de jefes y soldados, compenetrados en el ideal que defienden, tanto que en los siglos de Oro los extranjeros admiraban a los oficiales españoles por la cortesía demostrada hacia sus “señores soldados”, existe una dedicatoria del madrileño Lope de Vega, en la comedia *Pobreza no es vileza*, al Duque de Maqueda, que recuerda M. Legendre:

«... En una relación... llamó su autor a Vuelencia príncipe alentado, dadi-
voso y padre de sus soldados; causáronme alegría estos atributos, partes tan
esenciales en el capitán, que es imposible que sin ellas lo sea, ni consiga, por
medio del amor al que gobierna, las victorias y trofeos que han tenido los que,
preciados de tan justos títulos, dejaron tanto cuidado a la fama de eternizar sus
nombres...» [P. 248].

Quevedo, otro madrileño de los siglos de Oro, sale a la luz con motivo de la esperanza puesta en otra vida, que ha sido fuente de heroísmo español, frente a los “neutralistas” (cuando no de ideal loco, con su lejano parentesco con el islamismo).

Quevedo echaba de menos

«A aquella libertad esclarecida que en donde supo hallar honrada muerte
nunca quiso tener más larga vida». [P. 293]

A propósito de El Greco, M. Legendre acude a un crítico madrileño, muy conocido en su época, también fue novelista, en la época española realista-naturalista, Jacinto Octavio Picón. Dice de él que «el delicado y perspicaz» crítico Octavio Picón observa que, sin imitar propiamente al Greco, ha seducido el color de aquél a Velázquez que ya tenía identificación con la verosimilitud del colorido. El crítico observa también que el pintor sevillano, que trató a Rubens en una misión diplomática en Madrid, y que se enteró de su manera de pintar de aquél, casi no ejerció influencia sobre Velázquez. No debe extrañar: la indiscreta exposición de carnes y aquella profusión de sumptuosos colores no se relacionaba con el genio de Velázquez, al que no podía señalarse como un sucesor [P. 327].

Incluso debemos añadir que hasta la excepcional en ese aspecto de la *Dama del espejo*, está pintada de espaldas, donde la carne es menos «indiscreta» que de frente. Gregorio Marañón, un madrileño de 1887, muerto en 1960, hombre de muchos sa-

beres, lo toma M. Legendre para insistir en la fama de Ramón y Cajal (al que de niños hemos visto sentado antes de la Guerra Civil, en alguna mesa del Café del Prado, entonces en calle León esquina a Prado) del que dijo que desde Madrid, su fama se extendió al mundo:

«La fama de Cajal –dice el gran Marañón, otro sabio de envergadura excepcional– no ha tenido precedente en España, en el fervor y en la absoluta unanimidad con el rendimiento de las gentes ante su persona y su obra. Se me dirá que la razón de esto es que no ha habido entre nosotros otro hombre de ciencia que le haya igualado. Pero este razonamiento no explica más que en parte el fulgor de la efusión popular que rodeó al gran histólogo durante su vida, y que hoy, sin palidecer, sigue nimbando su memoria». [P. 207]

Efectivamente en Madrid, donde tuvo por toda ayuda un microscopio y un pobre laboratorio en la Facultad de Medicina, hizo méritos el navarro Ramón y Cajal para obtener el Premio Nobel. Algo que acostumbró a nuestros gobernantes a que la ciencia se hacía como por prestigitadores.

A propósito de los toros, se cita en *Semblanza de España* a Dámaso Alonso [P. 112] (Madrid 1898-1990). En aquellos años cuarenta y pico nos dio a los alumnos de la entonces llamada Facultad de Filosofía y Letras medio curso con toda dignidad de su asignatura, Filología Románica (el otro medio lo dio su ayudante: Lázaro Carreter). En la que era entonces el gran maestro, el alemán W. Von Wartburg, que Dámaso Alonso lo reconocía así. Recuerdo sus berrinches, a propósito de nuestro vocabulario, mínimamente insuficiente (¡que diría ahora!).

Pues bien, Dámaso Alonso escribió sobre el lenguaje de la Tauromaquia en *La Revista de Filología Española* en 1942 (fundada en Madrid por Ramón Menéndez Pidal) en reseña utilísima del diccionario que así puede llamarse por dar citas de autoridad, que incluyó José María de Cossío en *Los toros* (Espasa-Calpe). Este léxico, tan elaborado en Madrid, pero procedente del mundo hispánico tanto en España como en América, que con todos Madrid está en deuda, como todos con Madrid, consta de 1866 términos, con algunas omisiones, excusables por ser la primera vez que se hizo.

Así, poeta (de la generación del 27) y crítico literario pudo quedar en el libro de M. Legendre, como filólogo que también era porque la Literatura sin la Filología y viceversa son algo mutilado.

Emilio García Gómez (Madrid, 1905-1995) viene a la pluma de M. Legendre a propósito de algo que relaciona a España con el mundo árabe. M. Legendre empieza por decir que la maternidad –entonces– estaba en honor en España. También reconoce que los árabes ricos han dejado en las costumbres que la mujer tiene menos valor, que el hombre. Pero aquí hay que pensar que el «harén» ha sufrido una simplificación engañosa.

Precisamente el insigne arabista don Emilio García Gómez explica que la palabra «harén», según su etimología no es un paraíso muy terrenal, sino el lugar sagrado prohibido al profano. [P. 153]

Nada más alejado del sentido árabe que concebirlo como una especie de gabinete de voluptuosas sensualidades puesto que significa lo sagrado, lo inviolable, lo que no se puede hollar ni profanar, y concretamente «el gineceo o departamento de las mujeres».

García Gómez recuerda la disposición de los antiguos balcones con celosías, que constituyen, de hecho, un harén entreabierto, porque permitía a las mujeres ver sin ser vistas (en *Silla del Moro*).

Incluso en el mundo árabe, la teórica o legendaria mujer esclava, en general, no excluye la soberanía total de la misma, gracias a su belleza, a su inteligencia o a sus vicios. No debemos pues, extrañarnos, si la mujer española cristianizada, educada en una sociedad donde los seres humanos son iguales (más o menos, decimos por nuestra cuenta) no ha conocido la esclavitud sino solo en casos, muy excepcionales, porque había nacido con temperamento de esclava. No ha existido en España ni fuera de ella, personalidad más recia e indomable que la de Santa Teresa. [P. 154]

Cierto es que «la maternidad está en honor en España». Cierto que harén es el «lugar sagrado prohibido al profano»; las celosías vienen a ser un reflejo (hasta en las iglesias). Efectivamente, personalidad más recia e indomable que Santa Teresa, en la que de alguna forma, los españoles tuvieron en que mirarse cuando quisieron.

M. Legendre admiró a otro madrileño; y cita un texto de *El Epistolario del Frente*, publicado en 1937, por el Consejo Superior de la Juventud de Acción Católica, donde José Antonio Primo de Rivera escribió, según referencia de M. Legendre.

«... Habréis sabido que me han llevado a Jaén. Sin conocer del todo las intenciones que tienen, no puedo menos que sospechar lo peor [...] Mi última voluntad es que no les guardéis rencor a aquellos que supongáis culpables de lo que pueda pareceros mi desgracia. Y me expreso así, porque el verdadero culpable soy yo, con mis pecados, que me han condenado a estos sacrificios. Béndicid a Dios que me proporciona esta tremenda oportunidad para volver a purificar mi alma. Os dejo la misión de vengar mi muerte con las más cristiana de las venganzas, haciendo todo el bien que podáis a aquellos que sospechéis haberme proporcionado mejor vida. Les perdono de todo corazón, y le pido a Dios que los perdone y los salve. ¡Hasta la eternidad! Allí volveremos a vernos, merced a la misericordia divina». [P. 385-387]

En Madrid hay una calle que muchos no saben a quien se refiere: es la calle dedicada a nuestro profesor de Literatura francesa en la Facultad de Filosofía y Letras: Mauricio Legendre.